

más tarde la primera idea de la manifestación y la primera idea de la suscripción. Por consiguiente, su defensa iba a ser la más importante. Pero vivía en un sombrío aislamiento y tendía a sospechar de todo el que quisiera servirle. Se le indicó a Clemente Laurier, cuya sonrisa burlona le desagradó. Después le fué sugerido el nombre de Gambetta sin que él manifestase gran confianza. Este joven no le parecía bastante íntegro ni demasiado puro. Sus modales, su fisonomía, su lenguaje no respondían en nada al tipo rígido del convencional clásico. A pesar de estas taras, Delescluze se resignó, y aunque de mala gana, lo aceptó por abogado.

Ya hemos encontrado anteriormente el nombre de Gambetta. Los días que iban a transcurrir serían los últimos de su vida oscura. Esta es la ocasión de reunir lo que sus contemporáneos sabían y contaban de él en aquella época.

Acababa de cumplir treinta años. Había nacido y se había criado en Cahors, país de su madre, pero su padre era oriundo de Génova y él había de conservar siempre el sello de su doble patria, asociando en sí la rudeza del Quercy y la insinuante suavidad de Italia. Estudió leyes en París y, terminada su carrera, inscribióse en el colegio de abogados de esta capital. De humilde condición (pues su padre era tendero de ultramarinos), más ambicioso que pobre, no tardó en figurar entre los jóvenes audaces que, desde mediados del reinado, pedían al Imperio, no que se reformase, sino que desapareciese. Como esto podía tardar, Gambetta se guardó bien de esperar en la austeridad. Ningún tumulto escolar le dejaba indiferente, y ninguna fiesta del barrio Latino era completa sin él. Sobresalía igualmente en beber *bocks* y en recitar versos de los *Châtiments*. Odiaba al Imperio con exuberancia, pero sin fanatismo. Una repulsión natural lo alejaba de los doctrinarios y de los dogmáticos. Estimaba que, aun bajo el poder de los tiranos, los placeres son buenos, y sus invectivas se mezclaban con toda clase de jovialidades. En contra de lo que se ha dicho, había leído bastante, pero sin método y a capricho de su fantasía. He oído decir que se apasionó por *Los Miserables* y por *La Leyenda de los siglos*: sus autores favoritos eran Montaigne y sobre todo Rabelais, del cual solía llevar en el bolsillo algún tomo suelto. A ejemplo de sus contemporáneos, había sacado de Tácito una porción de máximas diversas, excelentes para dar fuerza a los discursos: a decir verdad, el libro era demasiado elevado para él; y los senadores, bastante simples para abrirse las venas antes que sobrevivir a la libertad, le parecían de una necesidad antigua. Avido de iniciación en la vida pública, no dejaba de asistir a ninguna de las grandes sesiones del Cuerpo legislativo; los porteros le conocían y, por mucha gente que hubiese, lo dejaban entrar. Sus estaciones más largas las hacía en el café, en el café Voltaire ó en el café Procope, donde se mostraba tal como era, sin esmero en el vestir y sin esmero en el hablar, extraño con su ojo único que despedía llamas, á menudo grosero, pero fácil de calmar, bullicioso, provocativo, pronto a la palabra como un paladín al combate, sorprendiendo alternativamente con terribles arrebatos de cólera y con formidables accesos de alegría. Allí se entablaban memorables discusiones sobre los acontecimientos del día, los incidentes del barrio Latino, las letras, el teatro, las mujeres... Hasta cuan-

do más parecían desviarse de la política, las conversaciones recaían siempre sobre ella. Entonces Gambetta, con su palabra dominante, cubría todas las demás voces. En parte por exuberancia y en parte por el deseo de ejercitarse, convertía poco a poco el debate en monólogo. La pretensión pareció desde luego exorbitante, pero después pareció natural. En torno de él se formaba poco a poco un círculo admirativo, pequeño auditorio ínterin se constituía el grande.

Y es que aquel hombre, á pesar de sus apariencias desordenadas ó vulgares, llevaba ya en sí algunas de las señales que denotan las almas hechas para dominar. En su lenguaje, nada de pulido ó acabado, sino grandes inexperiencias y el más extraño entrelazamiento de frases é ideas; pero repentinos arranques de pasión, algo de familiar y de vehemente, una fuerza singular y á veces una penetración singular también; una voz profunda y sonora, unos ademanes amplios y un estilo grandilocuente é impetuoso en que desaparecían todas las incorrecciones como las escorias se pierden en el bullir de un torrente. El estudio, hasta entonces, no había perfeccionado mucho á la naturaleza: ninguna instrucción sólida, ningún conocimiento de la jurisprudencia ó del derecho, ninguna aplicación, exceptuando la elocuencia. Más tarde, cuando el éxito le hubiese rodeado de aduladores, no habían de faltar gentes para ponderar su competencia en las cuestiones sociales ú obreras; la verdad es que, al menos en su juventud, no profundizó ninguna. El mismo, para dar mayor autoridad á sus discursos, había de hacer alarde de hechos ó citas, haciendo temblar á sus amigos, temerosos de que cayese en el renuncio de alguna monstruosa ignorancia. Lo que no había adquirido á fuerza de trabajo, había de comprenderlo á menudo merced á una viva y natural intuición. Hablaba demasiado para meditar mucho; pero se nutría de sus propias palabras y, repitiendo su pensamiento, lo precisaba, dándole al propio tiempo claridad. Aunque lanzado á la oposición extrema, conservaba su razón hasta en sus mayores desvíos, y capaz de cometer muchos excesos, lo era también de tener prudencia. A diferencia de sus jóvenes y temerarios compañeros, poseía el sentido de lo posible y hasta un discernimiento muy refinado de los matices. En su alma no existía ninguna virtud ni siquiera ninguna noción de lo que esta palabra implica, pero tampoco ningún instinto perverso; al contrario, en los buenos momentos, muy buen humor, acompañado de benevolencia y hasta de generosidad. Su palabra, tan violenta en público, se suavizaba á intervalos hasta adquirir un encanto singular en las conversaciones amistosas. Adivinábale en él una naturaleza inculta, casi salvaje, pero que, prodigiosamente dúctil, sabría contenerse y refinarse con la edad. Mezclado á veces con los que soñaban con demolición ó crimen y elegían á Hebert por patrón, sentía gran asco por aquellos visionarios enfermizos. El se guardaría de destruir la sociedad y se contentaría con abrir en ella una brecha proporcionada á sus ambiciones. Había estudiado la revolución de 1848, mas para no imitarla. Su ideal (si ideal podía tener al principio de su carrera) era la democracia radical, pero sólidamente organizada. Deseaba el advenimiento de nuevas capas sociales, pero doblemente armadas contra la reacción y contra sí mismas. Este programa era de-

masiado político para escapar al reproche de moderantismo. Por esto Gambetta se guardaba bien de hacer confianzas ó manifestaciones demasiado públicas que le hubieran hecho sospechoso. Generalmente se limitaba á repetir, revistiéndolos de su elocuencia, los lugares comunes de su partido. Escuchaba sin un desdén demasiado visible las elucubraciones más extravagantes. Una frase, sin embargo, lo vendía casi: «Me serviré de todo esto, decía, pero rectificaré el tiro.»

En 1868, Gambetta había agotado los modestos honores que son en el foro los primeros presagios del porvenir. Había sido, bajo la presidencia de Dufaure, tercer secretario del colegio de abogados (1). Gambetta había presidido dos veces la conferencia Molé. Con los años había introducido un poco de compostura en su traje y un poco de orden en su vida; sus amigos esparcían la voz de que tenía un sastré. En torno suyo se agitaban algunos comparsas que recogían sus opiniones y repetían sus discursos. En diferentes ocasiones, los abogados viejos habían observado su facundia y pronosticado su éxito. Todo aquello le reconfortaba poco, y rudo trabajo le había de costar adquirir celebridad y triunfar de la pobreza. En aquella situación precaria, aunque llena de esperanza, se encontraba Gambetta, cuando sobrevino la cuestión Baudín. Designado por Delescluze, no ocultó su alegría. Esta vez hablaría tan alto y daría tan fuerte que los que lo ignoraban no tendrían más remedio que oírlo y conocerlo.

El 13 de noviembre se abrieron ante la sexta sala correccional los debates del proceso, en medio de una gran afluencia de curiosos. Muchos liberales se habían asociado á la suscripción por odio al Imperio y por respeto á la legalidad. Entre las adhesiones había una que provocaba muchos comentarios. Berryer, ya en su lecho de muerte, había reconstituido en su memoria, próxima á huir, los recuerdos del golpe de Estado, y preocupándose únicamente de la ley violada, quiso que su homenaje se confundiese con el de los republicanos. Los jueces tomaron asiento. Afortunadamente para los defensores, el tribunal fué presidido por el Sr. Vivien, magistrado anciano y cortés, capaz de reprender suavemente las exageraciones ó los excesos de la impetuosidad, pero no dotado del acento dominador que evita ó contiene las borrascas. El puesto del ministerio fiscal estaba ocupado por el Sr. Aulois, orador de algún talento, bonapartista celoso y de un celo que no carecía de valor cuando la verdadera habilidad consistía ya en pasatelear. Respecto á los abogados, á última hora se había renunciado á excluir á los viejos, así es que los había de toda edad. Allí estaban Arago, con su hermosa cabeza cana y su voz retumbante; Crémieux con su fisonomía variable, de una fealdad sumamente expresiva; Laurier, con su sonrisa sardónica; Leblond, con su rostro demacrado y austero. Después del interrogatorio de los acusados se procedió á la audición de testigos, que eran todos gente de policía; y después del pedimento fiscal empezaron las defensas. Dicen que estas fueron muy hermosas. Para lo porvenir, una sola subsiste, la de Gambetta.

Con gran vuelo se elevó éste por encima de las argucias

(1) El primer secretario había sido Decrais, que más tarde fué ministro, y el segundo Alberto Martín, abogado del Tribunal de apelación de París.

de procedimiento y de las discusiones de texto. Apartó desdeñosamente la acusación de manejos en el interior: «Hombres como los señores Delescluze y Chalmel-Lacour ¿necesitan entenderse previamente para honrar á sus muertos?» Luego hizo esta terrible pregunta: «¿Puede existir un momento en que la razón de Estado autorice, so pretexto de salud pública, á violar la ley, á derribar la Constitución, á tratar como criminales á los que defienden el derecho con peligro de su vida?» Así transformadas las cosas, el proceso adquirió toda su amplitud; ya no fué el del ministerio fiscal contra Delescluze, sino el del Imperio y de la República. Con creciente osadía, Gambetta dió vueltas á la cuestión como para grabarla en las conciencias. Recordó que Luis Napoleón había «recibido la República en depósito, bajo un juramento único y solemne.» «Sin duda, añadió, se creía gratificado con no sé qué misión providencial y lenta para derrocar la forma del gobierno que tenía encargo de proteger.» Y volviendo en seguida sobre lo dicho, continuó: «No sé si me engaño, pero se me figura que el último sitio para sostener semejante tesis, para glorificar semejantes atentados, es el pretorio del juez, porque aquí la única que debe hablar y ser oída es la ley.» Siguió un relato del 2 de diciembre, tal como no se había oído nada igual desde los comienzos del reinado. «Sí, el 2 de diciembre, en torno de un pretendiente se agruparon unos hombres que Francia no conocía hasta entonces; que no tenían talento, ni honor, ni rango, ni situación: gentes que, en toda época, son los cómplices de los golpes de fuerza; gentes de quienes puede repetirse lo que Salustio dijo de la turba que rodeaba á Catilina, lo que dijo el mismo César al trazar el retrato de sus cómplices, eterna escoria de las sociedades regulares: *Ære alieno obruti et vitii onusti*, un hato de perdidos abrumados de deudas y cargados de crímenes, como tradujo Corneille.» La evocación de los proscritos completó la condenación de los proscritores. Gambetta hizo revivir las imágenes de los muertos, tales como Charrás y Michel de Bourges; recordó á los generales desterrados, Cavaignac, Lamoricière y Bedeau; juntando en un mismo recuerdo á todos los que habían sufrido, habló de la desgracia común de todos los depositarios de la legalidad, legitimistas, orleanistas y republicanos; saludó á los que se hallaban entonces en Vincennes ó en Mazás, á Thiers, á Remusat y sobre todo á Berryer, «el ilustre moribundo.» Volviendo luego á la gente del golpe de Estado, dijo: «Esos pretenden haber salvado á la sociedad; ¿puede decirse que se ha salvado á la sociedad, únicamente porque se ha puesto la mano sobre el país?»

Cuanto pudiera escribirse expresaría mal el efecto de estas palabras. En la sala un silencio lleno de estupor contenía las respiraciones. La defensa se había convertido en acusación fiscal, ¡y qué acusación! Trocados los papeles, el ataque subía, directo, virulento, hasta el soberano; y parecía que el único acusado era él. Varias veces el presidente, trastornado, había tratado de moderar el tono del informe. Dícese que, en un momento dado, dijo en voz baja al defensor estas palabras de una indulgencia maliciosa: «Sr. Gambetta, debierais reservar eso para el final.» ¿Qué podían aquellas exhortaciones inofensivas? De temperamento más fogoso y más cruelmente herido en sus convicciones, el abogado im-

perial se desesperaba de no poder domeñar á su temible adversario. Ora fingía desdén, ora lanzaba interrupciones; pero sus palabras se perdían en el trueno de la potente voz de Gambetta. Este continuaba cada vez con más vehemencia. Su acento meridional escandía vigorosamente cada frase. Se escapaba de su sitio y daba puñetazos en la barra, en una actitud que ya no era la actitud de la defensa, sino la de la rebelión. Sus cabellos en desorden, su toga entreabierta, su golilla vuelta, su birrete abollado que se quitaba ó se ponía, todo anunciaba la intensidad de una cólera vengadora, indiferente á todo lo ajeno. No parecía sino que todas las víctimas del imperio querían borrar en una hora todo un pasado de cohibición y silencio: «El 2 de diciembre, continuó diciendo Gambetta, se engañó á París con las provincias, y á las provincias con París. El vapor y el telégrafo se convirtieron en instrumentos de reinado. Se anunció á todos los departamentos que París se hallaba sumiso. ¡Sumiso, cuando era asesinado, fusilado, ametrallado!» El final del discurso resonó con la fuerza de un reto: «Escuchad, hace diez y siete años que sois los amos absolutos, discrecionales de Francia; lo que mejor os juzga, porque es la prueba de vuestros propios remordimientos, es que nunca habéis osado decir: «Celebraremos, pondremos en el rango de las solemnidades de Francia el 2 de diciembre como un aniversario nacional...» ¡Pues bien!, ese aniversario del 2 de diciembre lo reivindicamos para nosotros; y lo celebraremos siempre, sin cesar; cada año será el aniversario de nuestros muertos hasta el día en que el país, amo otra vez, os impondrá la grande expiación nacional en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad (1).»

Por la noche, después de una larga deliberación, el tribunal pronunció su sentencia condenando á todos los acusados. Pero ¿quién se acordaba de Delescluze y sus compañeros? Al terminar la audiencia, Gambetta fué rodeado, felicitado y aclamado por sus colegas. A la salida sus amigos políticos lo acompañaron á la cervicería Dreher y luego al restaurant Magny, donde se repitieron las felicitaciones y los apretones de manos. Al que acababa de conquistar la fama le pronosticaron toda clase de éxitos, á excepción del que le esperaba. Gambetta recibió aquellas demostraciones con una efusión expansiva que quizá valía más que la falsa modestia. «He sumergido á Aulois,» repetía; y repasando los incidentes de la jornada, añadía familiarmente felicitándose á sí mismo: «¡Cómo les he dicho mis cuatro verdades!» Y, con hábil generosidad, colmaba de elogios la defensa de Laurier, que había hablado después de él. Efectivamente, Laurier, encargado de defender á Challemeil-Lacour, había superado á Gambetta en flexibilidad y, en ciertos momentos, casi le había igualado en vigor. Pero el auditorio se hallaba aún bajo la impresión del discurso vengador, y el espíritu se negaba á recoger otra cosa. Las defensas han de llegar á su hora y tienen, como los libros, su destino señalado.

Así terminó el famoso proceso, que tuvo dos consecuencias. La primera consistió en demostrar que en el imperio declinante no quedaba ya nada intangible, ni

(1) He seguido, para esta defensa, el texto publicado por M. Joseph Reinach, en su edición de los discursos de Gambetta, tomo I, págs. 5-17; texto que difiere poco del extracto del periódico *Le Droit*, 15 de noviembre de 1868.

siquiera los títulos fundamentales de la dinastía. La segunda consistió en añadir á la lista de los enemigos del imperio un nombre famoso en lo sucesivo. Baudin, que en vida había sido impotente y obscuro, acababa de engendrar en muerte á Gambetta.

## V

A medida que declinaba el prestigio del poder, la oposición desarrollaba sus recursos. En aquella época tuvo á su servicio una sociedad poderosa, la *Asociación internacional de trabajadores*, y un instrumento permanente de agitación, las *reuniones públicas*. Llegó el momento de historiar aquélla y describir á éstas.

En 1862, varios periódicos, como el *Temps*, *La Opinión Nacional* y *El Progreso de Lyon*, habían emitido la opinión de que cierto número de obreros, elegidos entre sus camaradas, pudiesen visitar la Exposición de Londres. El proyecto fué patrocinado por el príncipe Napoleón y adoptado por el emperador. El gobierno y el municipio de París contribuyeron con 20.000 francos cada uno á los gastos del viaje. A esta suma se añadieron 13.000 francos recogidos por suscripción. Las elecciones en los talleres no estaban autorizadas por las leyes. Pero la misma benevolencia que había facilitado el viaje toleró el escrutinio. En el mes de julio, un importante grupo de parisienses y lyoneses, delegados por sus compañeros, desembarcaron en Dover (2).

El fin era la Exposición. La visitaron sin duda, pero con el pensamiento puesto en otra parte. Menos que como excursionistas ávidos de espectáculos, los comisionados obreros se portaron como observadores, deseosos de mejorar su suerte. De los ejemplos que Londres les ofrecía, ninguno llamó tanto su atención como la perseverante energía de los obreros británicos para suplir su propia debilidad por medio de la asociación. Cuando un francés adopta una idea inglesa, no se la asimila sin generalizarla; es su manera de apropiársela y de ponerle la estampilla de nuestro genio nacional. Así procedieron los delegados parisienses. Al unirse, los trabajadores ingleses se proponían sobre todo asegurarse contra toda disminución de sus salarios y elevarlos periódicamente por medio de huelgas fomentadas con oportunidad. Instintivamente, nuestros compatriotas ampliaron este programa, y apasionándose por la asociación, no se apasionaron á medias. Gracias á ella, no sólo aumentarían sus salarios, sino que transformarían toda la antigua organización del trabajo. Además, no reconocerían nacionalidad, ni diversidad de lenguas, ni fronteras, de modo que los obreros de todos países se hallasen mutuamente unidos por un mismo lazo. En un gran mitin que tuvo efecto el 5 de agosto, franceses é ingleses celebraron esta fraternal alianza, prometiéndose precisar más tarde las miras generales que se limitaban á proclamar. Tal fué en su origen la *Sociedad internacional de trabajadores*.

A fuerza de ser extensa, la concepción era singularmente vaga, tan vaga que peligraba evaporarse del to-

(2) Véase *Enquête sur les causes de l'insurrection du 18 mars, déposition Tolain*, págs. 553 y 554.—Será también de gran provecho el consultar sobre la creación y funcionamiento de la Internacional los tres notables estudios de Etienne Lamy sobre *Le Second Empire et les ouvriers*.

do. Como el tiempo y la distancia borran las impresiones, quizá iba á resultar con tan buenos propósitos lo que con las promesas de escribirse entre amigos que se separan. Estaban olvidándose unos de otros, cuando sobrevino en 1863 la insurrección de Polonia. Constituyéronse comités en los talleres parisienses para recoger donativos en favor de los insurrectos. Como igual esfuerzo se intentase en Inglaterra, seis delegados franceses fueron enviados á Londres para combinar entre los demócratas de ambos países una acción común. Ingleses y franceses se reconocieron: eran los mismos hombres que el año anterior habían conferenciado juntos sobre sus intereses económicos. Estrecharon nuevamente sus lazos y, sin precisar nada todavía, confirmaron el pacto de unión (1). Un año después, el pequeño grupo trató de afirmarse con una iniciativa atrevida. Uno de los franceses principales era un obrero tallista llamado Tolain, hombre laborioso, inteligente é investigador. En las elecciones complementarias de París, Tolain fué votado por algunos de sus camaradas en la quinta circunscripción. Esta candidatura debió toda su importancia á las declaraciones que la acompañaron. Los que la presentaron se negaban á someterse á ningún partido, juzgaban que la política era obra de burgueses y trataban de establecer un programa de reivindicaciones comunes que fuese el de todos los obreros. Lo que hoy parece memorable pasó casi inadvertido para los contemporáneos. Entre los amigos y los adversarios del poder, Tolain fué derrotado, pues no obtuvo más que unos cuatrocientos votos.

Por grandes que fuesen las decepciones del principio, la idea marchaba poco á poco. Durante el otoño de 1864 celebróse en Londres una nueva asamblea, á la cual habían sido enviados obreros de todos países. Con tal motivo fueron á Inglaterra tres franceses, el tallista Tolain, un pasamanero llamado Limousin y un ajustador en bronce llamado Perrachón. En '28 de septiembre de 1864, en un mitin celebrado en Saint-Martin's Hall, la *Sociedad internacional de trabajadores* fué definitivamente decretada, y nombróse una comisión encargada de redactar el reglamento.

Precedió á los estatutos una declaración de principios. El primer cuidado consistía en poner de relieve el objeto de la asociación, á saber, «la emancipación de los trabajadores realizada por los trabajadores mismos.» El fracaso de todos los esfuerzos anteriores había de atribuirse á la falta de solidaridad. El resultado sería muy diferente, si los obreros de las diversas profesiones y de las diversas comarcas se unían fraternalmente. Al lado de algunas fórmulas imprudentes ó declamatorias, no faltaban prudentes exhortaciones. Se proclamaba que «si no había deberes sin derechos, no había derechos sin deberes.» Añadíase que los afiliados se comprometían á reconocer «como base de su conducta la verdad, la justicia y la moral.»

Seguían á este prefacio las estipulaciones positivas. La gran dificultad consistiría en conciliar la autonomía de cada grupo nacional con las obligaciones comunes de la asociación universal. Los estatutos dejaban á cada pueblo el cuidado de organizarse según su temperamen-

(1) Véase la declaración de Tolain, *Enquête sur le 18 mars*, página 553.

to y sus leyes. Las sociedades locales procederían libremente á su funcionamiento, se fusionarían entre sí y se confederarían. En cuanto al gobierno internacional, era constituido como los Estados modernos y, como ellos, comprendía un poder ejecutivo y un poder legislativo. El poder ejecutivo sería ejercido por un consejo general cuya residencia no se fijaba, pero que, de hecho, funcionaba siempre en Londres. El consejo general tenía la obligación de mantener constantes relaciones con las sociedades locales, resolver las cuestiones propuestas, dirigir las informaciones y estimular la propaganda. A fin de asegurar la regularidad de las correspondencias, habría en la residencia central un secretario particular para cada nación afiliada. La publicación de un boletín periódico serviría para estrechar la alianza entre los diversos grupos y mantener entre ellos la unidad de espíritu. El consejo general no sería más que la emanación del poder legislativo. Cada año, las sociedades particulares elegirían cada una un delegado, y los delegados formarían el congreso. Incumbiría al congreso nombrar, repartiéndolos entre las diversas naciones, los miembros del consejo general, oír los informes ó memorias sobre los trabajos del año, formular todos los votos y tomar todas las resoluciones necesarias para el bien de la sociedad. Al separarse la asamblea designaría el punto de la reunión siguiente. Tales eran los estatutos, que sólo fueron adoptados con carácter provisional, entendiéndose que la sanción del próximo congreso los haría definitivos.

La *Internacional* estaba fundada. Verdaderos inspiradores de la obra, los delegados franceses no perdieron un solo día para aclimatarla en su país. En la mediocridad de su condición, en la penuria de sus recursos, iban á ser sostenidos por el ardor de su fe. Los primeros propagandistas de la empresa fueron todos obreros: se llamaban Tolain, Limousin, Fribourg, Murat, Heligón, Camelinat. Bajo su iniciativa se creó una sección parisiense. Fueron de taller en taller para reclutar socios. Alquilaron en el núm. 44 de la calle de Gravipliers un modesto cuarto para deliberar (2). Lo más urgente era reunir algunos fondos. Impúsose á cada afiliado una cuota semanal de diez céntimos. Fué el primer presupuesto de ingresos de la asociación, su primer tesoro de guerra (3). Pero ¿era verdaderamente cuestión de guerra en aquel momento? La *Internacional*, en su origen, ¿pretendía destruir la sociedad? ¿No se proponía transformarla pacíficamente? Cuando se quiere averiguar el propósito primitivo de Tolain y de sus amigos, se ve desprenderse de su programa dos ideas dominantes en que se revelaban espíritus indagadores, y no espíritus facciosos.

La primera idea era una confianza ilimitada en el principio de asociación. Encorvados desde la adolescencia bajo el trabajo manual, los fundadores franceses de la *Internacional* habían llevado una existencia penosa y soportaban con impaciencia lo que llamaban la opresión del capital. De prolongar su aislamiento, prolongarían su impotencia, y los patronos, dueños absolutos de los instrumentos del trabajo, seguirían siendo

(2) Véase Fribourg, *L'Association internationale des travailleurs*, pág. 23.

(3) Véase la declaración de Tolain en el primer proceso de la Internacional (*Gazette des Tribunaux*, 21 de marzo de 1868).